



Alfonso Toro

“Alfonso Toro”

p. 51-76

*Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura  
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento\\_historiografico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



---

## ALFONSO TORO

---

### IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

SEÑORES:

Antiquísima costumbre ha sido el comenzar los oradores sus pláticas y discursos solicitando la benevolencia del auditorio, y si alguna vez esta costumbre pudiera justificarse plenamente, sería en verdad en esta ocasión, en que a público tan ilustrado tengo que hablar. Valga como excusa a mi atrevimiento cierta anécdota que voy a referir: Cuéntase que una vez el rey de Inglaterra mandó a la corte del rey Sol, como embajador, a cierto caballero que pasaba por modelo de cortesía y por profundo conocedor de las leyes de la etiqueta. En la aristocrática corte de Luis XIV, que llevaba entonces el cetro de la moda y la distinción, los palaciegos, al saber tal nombramiento, observaban cuidadosamente los menores gestos y actitudes del nuevo diplomático, deseosos de encontrar en ellos algo criticable; pero pasaban días y se confirmaba la opinión de que el embajador inglés era prototipo de elegancia y distinción. Por fin una tarde, el rey invitó al inglés a pasear en coche, y al dirigirse a tomar en él asiento, cedió el cortés anglo la preferencia a S. M. El rey entonces le dijo: “pasad vos antes” y el embajador, sin más insistir, tomó asiento antes que el rey. Excusado es decir que el platillo de la corte, al día siguiente, era la descortesía del embajador y que los nobles franceses juraban y perjuraban que no podía ser de otra suerte, ya que al fin un inglés era imposible que estuviera nunca en cortesía a la altura de los franceses. Las hablillas llegaron a oídos del embajador y entonces dijo: “no he hecho más que cumplir con las más estrictas reglas de la cortesía; he cedido el paso a S. M., pero cuando a su vez él me lo ha cedido obedecí; porque un honor ni se solicita ni se rehúsa”.

De igual suerte puedo yo decir, y válgame esta excusa al ocupar esta tribuna, que a varones de más esclarecido ingenio y mayores fuerzas intelectuales está destinada.

Hurgaba yo en el laberinto de mi cerebro, buscando tema a propósito para dirigiros la palabra en esta noche y no hallaba uno que me conviniera: los unos estaban tan lejos de mi escaso saber, que temeridad fuera el intentar su desarrollo; los otros, aunque más accesibles, pudieran quizá causar tedio a mis oyentes; y los de más allá habían sido tan manoseados y tratados, que nada nuevo quedaba que decir sobre ellos; pero el tiempo apremiaba, y tuve por fin que decidirme, y como de años atrás me he dedicado a estudios históricos, resolvíme al fin a tratar de la importancia que tiene el estudio de la historia y de los métodos para hacer más provechoso ese estudio.

Ninguna novedad encierra ciertamente el tema; ya Cicerón, siglos ha, reconociendo la importancia de esta ciencia, decía que la historia era: “el mejor testigo de los tiempos pasados, la maestra de la vida, la mensajera de la antigüedad”, y Bossuet, en tiempos más cercanos a los nuestros, exclamaba: “Si la historia no fuera útil a los demás hombres, sería preciso hacérsela leer a los príncipes. No hay medio mejor de descubrirles lo que pueden las pasiones, los intereses, los tiempos y las conjeturas, los buenos y los malos consejos”. Sin embargo, de aquellos tiempos a los actuales, ha cambiado de tal suerte el concepto de lo que debe entenderse por historia, que precisa que nos detengamos un momento en este punto. No intento hacer definiciones: porque tengo la idea de que nunca se consigue hacerlas perfectas; pero, ¡qué enorme diferencia hay entre los fabulosos relatos de Heródoto, llenos de encantadoras, pero absurdas historietas; los cronicones de la Edad Media atestados de nombres y de fechas, y la historia tal como la escribieran los Taine y los Renan, los Macaulay, los Ferrero!

Era antaño la historia, o bien dorada leyenda fundada en la engañadora tradición, que se iba desfigurando de boca en boca, o bien árida lista semejante a un osario, donde se acumulaban nombres y fechas, secos relatos de pestes y batallas, mezclados con otros absurdos de milagros y fábulas.

Hoy la crónica y la leyenda se han unido, desechando lo superfluo; se han pasado los hechos por el tamiz de la crítica y ha resurgido en su espléndida belleza la verdadera historia, se siente en ella palpitar la vida enseñándonos lo que fueron nuestros antepasados y haciéndonos suponer lo que serán nuestros pósteros [sic].

Hoy la ciencia histórica no es una ciencia de vana curiosidad, desligada de las demás, hoy concurren a su formación, desde la geología investigando las transformaciones del planeta; la geografía enseñándonos su forma y dimensiones y sus divisiones políticas; la antropología estudiando al hombre desde el punto de vista zoológico; la filología clasificando las lenguas y estableciendo sus relaciones de origen; la etnografía estudiando las razas humanas y separándolas en grupos; la arqueología deteniéndose a considerar los monumentos, muebles y utensilios de los pueblos desaparecidos; la prehistoria recogiendo los restos dejados por el hombre anterior a los anales escritos; la cronología fijando y discutiendo las fechas en que ocurrieron los sucesos; la sociología estableciendo las bases de las sociedades humanas, considerando su formación y desarrollo; pero, ¡qué digo!, ¡si apenas habrá ciencia alguna, que no tenga íntima y directa conexión con la ciencia de que tratamos! Y digo íntima y directa, porque indirectamente no hay ciencia alguna que no esté con la historia relacionada; ya que siendo la que trata del desarrollo de la humanidad desde que el hombre apareciera en el planeta, es como frontón y coronamiento de edificio espléndido de los conocimientos humanos; sin que en ellos dejen de comprenderse las artes mismas llamadas bellas que traducen el alma de las naciones.

Ésta es la razón por la cual no puede haber hombre culto que no considere indispensable su estudio; pues en todas las épocas, en todas las circunstancias de la vida de la humanidad, el pensador se ha hecho estas preguntas: ¿De dónde vengo y a dónde voy? Preguntas insolubles aun a los ojos de la filosofía y a cuya resolución sólo podemos acercarnos por el conocimiento de la historia. El velo eterno, el velo de la Isis egipcia, quizá nunca será levantado por completo; pero por lo menos la ciencia histórica nos deja algo entrever a su través. Y por eso desde el rey hasta el mendigo, todos encuentran sumo interés en conocer los acontecimientos pasados, ya que ellos son, permítaseme llamarlos así, los experimentos hechos con el ser llamado hombre, en el gran laboratorio del mundo social, y por los que alguna vez podemos prever lo porvenir, tanto de los imperios como de los individuos. He dicho que el conocimiento de la historia interesa al hombre en cualquiera circunstancia en que se encuentre colocado; y, en efecto, el político halla en ella la maestra de la ver-



dad; el jurisconsulto, la escuela de las costumbres; el artista, asunto de inspiración para sus obras; el filósofo, materia para discurrir sobre la naturaleza del hombre; el comerciante, sabias enseñanzas sobre su tráfico; el maestro, ejemplos que meditar; el hombre gastado por los placeres, descanso en su atrafagada vida, y el mísero y abandonado, consuelo en sus tribulaciones y trabajos; y todos, pobres y ricos, altos y bajos, sabios e ignorantes, encuentran en ella la satisfacción de esa aspiración inmensa, tan humana y tan profunda, de prolongar el instante que dura la vida sobre la tierra, conviviendo por el recuerdo con los antepasados y tratando de penetrar en lo venidero.

Y ¿qué espectáculo puede haber más interesante y maravilloso? ¿Cuál que eleve más el espíritu del hombre que asistir al desarrollo de la historia de la humanidad? Mirad al hombre, inerme y salvaje, cuando aún la tierra no tenía su forma actual; sin una chispa casi de inteligencia, rodeado de enemigos y de peligros por doquier; sin el más mísero trapo para cubrir su desnudez, sin un techo para defenderse de las inclemencias del cielo; sin más alimento para satisfacer su hambre voraz que los frutos silvestres, que no se le brindaban espontáneamente, como supone el inmortal Cervantes en su encantadora pintura de la edad de oro, sino que tenía que arrancar a la ferocidad de animales más fuertes que él, valiéndose como únicas armas de sus uñas y sus dientes, o de palos y piedras que encontrara en su camino. Y en esa lucha terrible por la existencia, su intelecto se desarrolla y perfecciona lentamente: la necesidad le descubre el uso del fuego, le hace tallar el sílex, construirse una lanza, disputar a las fieras una caverna para tener donde guarecerse, y aun inventar, para embellecer su vida, el arte rudimentario del dibujo y la escultura, como nos lo muestran los infantiles ensayos encontrados en las cavernas prehistóricas.

Después, el hombre domestica algunos animales para servirse de ellos y se convierte en pastor; y al fin llega a sembrar, a asegurarse el alimento por la agricultura. Las necesidades primarias están cubiertas, y su espíritu puede dedicarse a más altas empresas; entonces aparecen las antiguas civilizaciones: la India con sus grandiosos poemas no superados, ya que sus autores, al ponerse en contacto con una naturaleza virgen y lujuriosa, recibieron en sus almas ingenuas y sencillas, blancas aún, hondas impresio-

nes, que supieron traducir en un lenguaje rico, bajo ostentosas figuras de retórica. La Caldea elevando al cielo sus piramidales *Zigurats* para interrogarle acerca de sus misterios y seguir pacientemente los movimientos de los astros, hasta encontrar una base para medir los tiempos. Asiria y Babilonia, edificando templos y palacios enormes, cubiertos de innumerables bajorrelieves, donde se conserva su vida nacional con fisonomía propia, y guardando en sus manuscritos cuneiformes, sobre ladrillo, los ritos y las leyendas de los pueblos primitivos. Persia, tan notable por sus concepciones religiosas como por sus conquistas. El pueblo de Israel, pueblo pobre pero profundamente religioso, quizá por eso mismo, elevándose a la profunda concepción filosófica de un Dios único. Egipto, cuna de las ciencias en la antigüedad, con su desarrolladísimo culto de los muertos, elevando monumentos que nos pasman por su grandeza como las pirámides, templos y palacios imponentes y magníficos, estatuas llenas de vida, y discurrendo su maravillosa escritura jeroglífica en la que tanta parte del antiguo saber pudo conservarse. Y por fin, Grecia, la madre intelectual del mundo moderno, el país que ha comprendido y sentido mejor que ninguno otro la educación armónica del ser humano, resumiendo su método admirable en la forma aún no superada de *mens sana in corpore sano*. Grecia, cuna del arte y de las ciencias, que produjo hombres hermosos y sabios como dioses, sin monstruosidades ni excesos, y que justamente llamó bárbaros a todos los demás pueblos del mundo.

En efecto, ¿qué obra arquitectónica ha producido el hombre comparable por sus proporciones y su belleza con el Partenón? ¿De manos de qué estatuario, [*sic*] que no se llame discípulo de los griegos, han salido obras tan perfectas como las de Fidias y Praxíteles? ¿Dónde se halla el poema heroico con los de Homero comparable? ¿Cuál es el orador que pueda hombrearse con Demóstenes? Y son legión sus sabios, sus artistas, sus historiadores, sus guerreros, sus filósofos, que todo lo investigaron y todo lo supieron, arrancándole a la naturaleza sus secretos y sus bellezas. Espíritus preclaros y al parecer clarividentes, que si en arte no han podido ser superados aún, en ciencia echaron los cimientos de todo lo que conocemos, agotando todos los sistemas filosóficos, describiendo plantas y animales, fundando el cálculo y

la geometría, encerrando en breves aforismos la medicina, y sentando las bases de la legislación y el derecho.

Pueblo sin igual en el mundo, legó a la humanidad todo aquello por lo cual el hombre se aparta del bruto: el arte y la ciencia. Derivación y consecuencias de esta cultura fue la civilización romana. Roma, la ciudad de la fuerza y del derecho, fue griega por su espíritu; griegos fueron sus poetas y sus artistas, si no por el lugar de su nacimiento, sí por sus estudios e inclinaciones: griegas sus divinidades, ya que aun cuando tuvieron diverso origen se helenizaron, y griego en sus fundamentos primitivos aun el derecho, principal contribución del pueblo rey a la cultura del mundo.

Después, viene la barbarie al caer el Imperio, hollado por los corceles de los pueblos del norte; el mundo hasta allí alegre y sonriente, a pesar de todos sus vicios y degeneraciones, poblado por los dioses del Olimpo, por sátiros y ninfas, por hamadriadas y tritones; lleno con las hazañas de héroes que llegan a ser dioses y semidioses, y que atraviesan la tierra apartando de ella el mal, dando muerte a las hidras, desquijarando leones, salvando a los inocentes de las maquinaciones de los malvados, y aun enfrentándose con los dioses para robar el fuego celeste, a fin de hacer más deleitable la vida del hombre; el mundo, como digo, antes alegre y sonriente, se convierte en un valle de lágrimas. Ha muerto la amable Venus, ya no aparece en su dorado carro el rubicundo Apolo, dirigiendo la cuadriga al armonioso sonido de su encantada lira; las nueve hermanas han enmudecido, y el omnipotente Júpiter ya ni hace correrías en busca del amor ni dispara sus dardos fulminantes sobre los cíclopes.

Es que allá, en los confines del Imperio romano, en medio de un pueblo pobre, ha aparecido un nuevo profeta predicando una religión nueva, de renunciamiento de los placeres, de apartamiento del mundo, de amor al prójimo; y esa religión, fundada en una moral pura, pero deformada por sus secuaces y propagandistas, salidos de las últimas clases sociales de un pueblo abyecto como lo era el pueblo judío, va a entenebrececer el mundo, a hacer aun más dura la condición de los siervos al ser adoptada por los bárbaros vencedores de Roma.

Comprendo, señores, que me he alargado demasiado y por lo tanto trataré de abreviar, ya que a un auditorio tan ilustrado

como el que me escucha, me bastará indicarle con ligeras líneas el trazo del cuadro que él puede terminar dándole sombras y colorido. No os hablaré pues de la Edad Media, época de barbarie en que olvidadas las ciencias, las letras y las artes, apenas si algún viejo monje escribe cronicones indigestos, llenos de ornadas iniciales a la sombra de las enormes iglesias góticas o románicas; época en que el derecho se olvida y la fuerza lo es todo; época de crímenes horripilantes, de pasiones feroces, de guerras sin finalidad práctica, y en la que algunos modernos, contra mi manera de pensar, aseguran que se echaron los fundamentos de avanzadas instituciones y se produjeron obras de arte originalísimas y llenas de belleza. Creo que no hay tal y que lo que pasa es que los pueblos bárbaros, al civilizarse, han pretendido encontrar en sus antepasados conocimientos y sentido estético de que carecían, no de otra suerte que el *yankee* enriquecido en el comercio de cerdos, se forma una genealogía y compra un título y un escudo de armas para ennoblecer su prosapia. Y en efecto, ¿qué son, bien consideradas, esas montañas de piedra labrada y calada por un arte primitivo, confuso amontonamiento de motivos ornamentales, combinados con extravagantes estatuillas deformemente alargadas de santos y santas, sin músculos ni vida, al lado de las obras arquitectónicas de los griegos todas armonía y proporción? ¿Cómo comparar la salvaje y feroz literatura de los nibelungos con las obras clásicas de la literatura griega y latina? ¿Qué son las pinturas, mosaicos y vitrinas anteriores al Renacimiento, donde la figura humana ha perdido su belleza, sus proporciones y su expresión para no chocar con las prescripciones canónicas, comparadas con las estatuas de los griegos, o las pinturas de sus discípulos, los artistas italianos del siglo xvi?

Necesario es llegar al Renacimiento para volver a la verdad y a la belleza; y, ¿qué fue el Renacimiento, sino el despertar de una sociedad adormecida por cantos litúrgicos soñando en absurdas leyendas de santos, en fabulosos milagros apartados de la realidad? ¿Qué fue sino el despertar de nuevo a la vida, el abandono de la lúgubre creencia de que el mundo es un valle de lágrimas, el volver al goce de los placeres que nos brinda la naturaleza?; en una palabra, ¿qué fue sino el volver a la vida tal como la concebían los griegos y los romanos? Y es que Italia, a pesar de su degeneración y su decadencia durante la Edad Media, conservó su

alma helena, y por eso fue la primera en rechazar las ligaduras de una creencia religiosa absurda que renegaba de la vida y la belleza; y transformó la absurda creencia, substituyendo a los eremitas la poética concepción religiosa del beato de Asís, y al Cristo negro y feo, al hombre de los dolores de los padres de la Iglesia de Oriente, por el Cristo hermoso como Júpiter de los artistas del Renacimiento. Italia con su cielo azul, con sus enhuertas montañas cubiertas de nieves, con sus risueños valles y caudalosos ríos, creada para el placer y risueña para el hombre, no podía adaptarse a aquella antiestética creencia y por eso fue que llamándose católica, fue la Italia del Renacimiento netamente pagana en el fondo, como lo prueban las obras de sus artistas y escritores.

¡El Renacimiento! ¿Qué hombre amante de las ciencias y las bellas artes puede recordar, sin sentirse profundamente conmovido, esa época casi única en la vida de la humanidad? Dante encerrando en su *Comedia* como en gigantesco cinematógrafo toda la vida de la Edad Media; Petrarca, el más pagano de los eclesiásticos, enamorado de los clásicos, llevando una vida sibarítica consagrada a cantar las bellezas de su Laura; Bocaccio, verdadero epicúreo, pintor minucioso y exacto de la sociedad florentina, narrando en prosa inimitable las aventuras amorosas de príncipes y burgueses. Estos tres genios creadores de la lengua italiana, apóstoles del estudio de los clásicos, hacen nacer el culto a la belleza y el respeto a las ruinas romanas de que Italia está sembrada; y se produce un florecimiento intelectual sólo comparable al de la antigua Grecia. Hoy es Nicolás de Pisa que, al mirar un antiguo sarcófago, descubre y estudia las bellezas de la escultura antigua; mañana el genial Giotto, que libertará a la pintura de las ligaduras con que la atara la Edad Media, dando expresión y vida a sus figuras. Se ha abierto por fin al arte amplio camino por donde marchará ya sin vacilaciones ni temores; y brillarán, en medio de las sombras en que aún se encuentra envuelto el resto del mundo, como astros de primera magnitud: Leonardo de Vinci, a quien ningún arte ni conocimiento fueron extraños; el colosal Miguel Ángel, pintor, escultor, arquitecto y poeta, y Rafael Sanzio, que como amado de los dioses murió joven, legando al mundo en sus obras una riqueza que bastaría para la gloria de una serie de artistas.

¡Y en torno de estos colosos, cuántos otros artistas geniales! Pintores, escultores, arquitectos, prosistas y poetas, cinceladores y grabadores, ceramistas y lapidarios, mosaiquistas y orfebres. Todos los procedimientos y todos los materiales se emplearon por el arte y para el arte, y desde los grandes monumentos, como palacios, templos, plazas públicas, etcétera, hasta los más humildes objetos destinados al uso doméstico, como los *cassone*, que se acostumbraba regalar a las recién casadas, recibieron el sello de la eterna belleza, que los artistas supieron imprimirles.

El Renacimiento, del que Italia fue la cuna, dio origen a la civilización moderna, al embellecimiento de la vida, al esclarecimiento del mundo entenebrecido por el ideal místico de la Edad Media; el Renacimiento hizo que el mundo enfermo tornara a la salud y pudiera contemplar de nuevo la naturaleza, tomando de ella fuerza y energía para vivir alegre y satisfecho.

Temo haberos fatigado y por esto no pasaré revista de cuáles fueron las consecuencias grandiosas de esa época sin igual; haciéndoos gracia así mismo de las más importantes: la reforma religiosa; y los grandes descubrimientos geográficos, que completaron la tierra y trazaron la ruta para llevar al hombre en arte y ciencia a la altura que hoy se encuentra. Mejor que yo conocéis todo esto, y si lo he apuntado, siquiera sea brevemente, ha sido tan sólo para traeros a la memoria la inmensa escala por la que el hombre ha ascendido, en medio de luchas y trabajos sin cuento, hasta adquirir la cultura que hoy posee, y de cuánta importancia e interés tiene que ser el estudio de la ciencia que de esa lucha constante del hombre se ocupa.

Bien, quisiera ahora hablaros de los métodos más apropiados para el estudio, como en un principio me propusiera; pero demasiado he abusado ya de vuestra atención y por lo tanto me permitiréis cortar aquí esta plática, pero no sin dirigir antes unas cuantas palabras a los miembros de esta docta corporación.

Los momentos por los que atraviesa nuestra patria no pueden ser más lamentables y difíciles: muertes, incendios, guerra y desolación la despedazan, y en medio de tantos horrores navega como buque sin piloto en medio de la tempestad. Quien cree encontrar el remedio y la salvación en una nueva tiranía, quien en el aumento del ejército, quien en nuevas leyes económicas que arreglen de diverso modo la propiedad; sin que falte alguno



que habiendo perdido toda esperanza asegure que la sociedad naufragará en medio de la anarquía; pues bien, yo creo que no es a los políticos, no es a los financieros, no es a los militares, a quienes está encomendada la salvación de la patria, es a vosotros. Sí, a vosotros que conocéis nuestra historia, que sabéis de dónde venimos y cómo hemos constituido una nación, a vosotros que no ignoráis que somos un pueblo turbulento e indisciplinado y que, como educadores de la niñez, como formadores de almas, podéis imprimir fuertemente en ellas: la disciplina, la voluntad, el saber. El día en que el pueblo mexicano sea un pueblo que sepa obedecer; el día en que el pueblo mexicano sea de voluntad firme y viril, que no se doblegue ante el poderoso, sólo porque lo es, ni se desaliente ante el primer obstáculo que se presente en su camino; el día en que el pueblo mexicano sea un pueblo consciente, sabedor de sus deberes y derechos, y no vaya al matadero, ni se lance a la revolución, ignorante del ideal que persigue y de la clase de hombres que se ponen a su cabeza, ese día será grande y digno de codearse con las naciones más cultas y poderosas de la tierra. Ésa es vuestra tarea, maestros de mi patria, y ninguna más alta ni más noble; vosotros pasaréis, caeréis en la tierra como el fruto maduro, pero dejando una simiente que fructificará; caeréis héroes ignorados, sin que sobre vuestras tumbas se levanten los ostentosos monumentos que se erigen a los hombres que matan, pero vuestra obra quedará y tendréis en ella una inmortalidad más cierta que la gloria y la inmortalidad prometidas a los elegidos, porque las generaciones por vosotros educadas serán carne de vuestra carne, sangre de vuestra sangre, alma de vuestra alma.

Zacatecas, 12 de diciembre de 1912



## MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

SEÑORES:

Dice el Príncipe de los Ingenios, en el prólogo a la segunda parte de su inmortal *Quijote*: “que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía aun de las malas se estima en algo”. Profunda y sabia sentencia que debiera retraerme de ocupar esta tribuna, si consideraciones de otro género no me obligaran con mayor fuerza a hacerlo.

La circunstancia de no haber desarrollado por completo, la vez anterior que os dirigí la palabra, el tema que me propusiera, y la nueva invitación que me ha hecho la Liga Pedagógica, que de tan inmerecidas distinciones me ha colmado, para dar esta conferencia, me comprometen a obsequiar los deseos de mis invitantes, y a cumplirlos vengo, solicitando de nuevo vuestra benévola atención.

El asunto que me propuse desarrollar en mi anterior conferencia fue: la importancia del estudio de la historia y los métodos que deben emplearse para hacer más provechoso ese estudio. Tratado quedó ampliamente el primer punto, y sólo resta que nos ocupemos esta noche de los métodos que deben seguirse en las investigaciones históricas, para alcanzar más provechosos resultados.

Decíamos aquella vez: que la historia fue, en un principio, la narración de los sucesos pasados más notables, mezclados con mucho de artificial y fabuloso, y que a semejanza de la tragedia, que sólo admite en escena príncipes y semidioses, héroes y señores, en las páginas de los historiadores y cronistas primitivos sólo tenían cabida los nombres de los conductores de los pueblos, en cuya boca se ponían elocuentes discursos y profundas reflexiones, inventadas por el historiador, en tanto que permanecían oscurecidos en la sombra los usos y costumbres del común de los mortales.

Para comprender la causa de que así se entendiera la historia precisamos remontarnos a su nacimiento en el pueblo que echó

las bases de la cultura del mundo. Trasladémonos a Grecia y contemplemos el cuadro en medio del cual Herodoto, llamado el padre de la historia, dio a conocer su obra inmortal.

En las fiestas de Delfos y de Olimpia, dice un historiador, ante la más hermosa naturaleza, en un suelo que está como impregnado de divinidad y de poesía, bajo un cielo transparente que jamás ejerce presión sobre las almas, desarróllanse a lo largo de las rampas del Parnaso, o de las orillas del Alfeo, las *teorías* que rodean a las víctimas sagradas, o el numeroso cortejo que sigue al poeta, al músico o a los atletas vencedores. La multitud se detiene: ya porque Herodoto recita algunos pasajes de sus historias o ya porque los rápsodas, llamados por decreto público, cantan los versos de Homero, de Hesíodo y de Empédocles; o bien, en fin, porque se acaba de exponer por algún artista un cuadro o una nueva estatua, pues estas fiestas son la exhibición pública de todo cuanto se relaciona con la destreza, el valor y el talento. Si la fuerza y la agilidad, cualidades esenciales de un pueblo guerrero, se premian con coronas, también obtiene soberano imperio la belleza en todas sus manifestaciones, bien proceda del cuerpo o del alma, del trabajo de las manos o de los esfuerzos de la inteligencia...

En un medio como éste, entre un pueblo como el griego, acostumbrado por los poetas a la interesante unidad de la epopeya, a los maravillosos relatos mitológicos, natural era que Herodoto procurara ofrecer a sus oyentes una relación que, por su naturaleza, no se diferenciara mucho de las que le ofrecían los poetas. El pueblo griego era aún un pueblo niño, su civilización tenía todas las ansias y las inquietudes de la juventud, todos sus deseos ardientes, todas sus ensoñaciones, y aquel pueblo, como los niños, deseaba ser adormecido con cuentos y leyendas extraordinarias.

Y el relato de Herodoto fue la pauta, fue el canon, a que se sujetaron los historiadores que después de él vinieron: Tucídides, a quien una noble envidia hizo tomar el estilete para emular la gloria del maestro; Xenofonte, que si acaso muestra mayor originalidad, es tan sólo por haber sido actor de la mayor parte de los sucesos que refiere, y Polibio, que a pesar de haber vivido entre los romanos supo conservarse griego en su mentalidad. La senda trazada por los griegos fue seguida por sus imitadores, los romanos, que en historia, como en los demás géneros literarios, mostraron siempre escasa originalidad, y desde los primeros, como

Varrón y Tito Livio, hasta Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso, apenas si se apartaron de sus modelos, sobresaliendo únicamente por su novedad al referir y considerar los sucesos; Julio César, que hizo cosas grandes dignas de ser escritas, y escribió grandes cosas dignas de ser contadas, y el severo Tácito, escritor lacónico y sentencioso, azote de los tiranos.

Vienen luego las sombras de la Edad Media, época de barbarie, en que, olvidadas las artes y las ciencias, es tan raro encontrar quien sepa leer y escribir, que tiempo hubo en que esto bastara para que se concedieran las sagradas órdenes. Perdida toda tradición literaria, la historia se reduce a las crónicas, indigestas, faltas de estilo, pobres de hechos, ayunas de crítica, indescifrables en su cronología, que escriben los frailes en sus conventos o uno que otro político togado en las cortes, llenándolas en cambio, a falta de verdades, con los relatos absurdos de supuestos milagros y fantásticas apariciones, consignándose apenas los nombres de los reyes y las fechas de las batallas.

Y para que no se diga que exageramos, véase cómo se expresa un escritor, no sólo católico, sino ultramontano, cuya opinión no puede parecer sospechosa al tratar de los autores de tales escritos:

Sinceros, sin duda, y muy distantes de querer inducir a engaño, caen ellos mismos en error a consecuencia de su sencillez. Crédulos, deslumbrados por la apariencia del momento, animados de las pasiones de sus contemporáneos o de su corporación, sin criterio para discernir, ni previsión para adivinar, inhábiles para enlazar los efectos a las causas, presentan sucesos sin trabazón ninguna, personajes que nada tienen que ver unos con otros, guerras sin detalles, revoluciones que es necesario comprender por adivinanza, una sociedad que no hay manera de explicarse. Lo que no olvidan nunca son los fenómenos físicos, los cambios de estación, los cometas, los eclipses, los presagios del porvenir; dirán de un príncipe que no enriqueció a su monasterio: *No hizo nada*. En las circunstancias más mínimas ven la intervención inmediata de la divinidad, lo cual les dispensa de investigar las causas naturales. “Dios lo quiso”, tal es la razón que dan de los hechos más dignos de reflexión...

Inútil nos parece el poner ejemplos de esta manera de historiar; el que tenga curiosidad y paciencia lea a Olao Magno o a

Gregorio de Tours, a Matías [Mateo de] París o a Rodolfo de Milán, a Joinville o a Pero López de Ayala; que a pesar de la distancia de los tiempos, a pesar de la diferencia de los idiomas, a pesar de la desemejanza de los intelectos, en todos encontrará, con pocas diferencias, defectos semejantes, como si fueran discípulos de una misma escuela.

Durante el Renacimiento cierto es que aparece de nuevo el arte de la crítica; que ya no se desprecian ni tienen como obra diabólica y maléfica las antigüedades; que ya no se destruyen los artísticos monumentos griegos y romanos, para emplear sus mármoles y bronce en la edificación de los templos cristianos productos de un arte bárbaro; cierto es que se coleccionan estatuas y monedas antiguas, en las galerías de los papas y los reyes; que se copian e interpretan inscripciones, echando mano de los datos que proporcionan los escritores clásicos; pero a pesar de todo ello, los historiadores de aquella época, llenos de un profundo y por decirlo así supersticioso respeto por la antigüedad grecolatina, no hacen más que vaciar sus pensamientos en los viejos moldes, dando a los reyes y capitanes de todos los pueblos y de todas las razas el hablar conceptuoso y lleno de imágenes y la actitud llena de majestad de los semidioses de la culta Grecia y de los héroes de la augusta Roma. Y exagerando, como todos los imitadores, convierten la historia en un arte meramente literario, divorciado por completo de la ciencia, en que el mérito del autor consiste en los pomposos e hinchados discursos que pone en boca de los personajes, imitando las arengas de Demóstenes y Cicerón, o en las reflexiones morales y políticas, que se hacen a propósito de cada acontecimiento, sin que falten los panegíricos y paralelos comparando a los modernos con los hombres de los pasados siglos.

Así escribieron Nardi, Varchi, Guicciardini y tantos otros; y si bien es cierto que hubo algunos espíritus clarividentes, que algo adivinaron o presintieron de las influencias del medio y de la raza, o descubrieron principios políticos, de innegable trascendencia, sobre el desarrollo histórico de los pueblos, esta tendencia a relacionar la historia con las demás ciencias no se marcó e hizo patente sino desde la época de la Reforma, tomando más tarde mayor desarrollo, como lo veremos en el curso de este trabajo.

Uno de esos espíritus clarividentes fue Maquiavelo, el calumniado Maquiavelo, autor de *El Príncipe* y la *Historia florentina*, que supo encontrar y decir grandes verdades que con serlo, dicho queda que tuvieron que causar gran escándalo entre los políticos contemporáneos; y aun entre muchos de los pósteros; que así como los hombres lujuriosos y corrompidos se espantan, o fingen espantarse de la casta desnudez de la Venus de Médicis o del Apolo de Belvedere, así los políticos mendaces tendrán siempre por pecaminoso el que se les diga a los pueblos la verdad.

En estos apuntes, escritos al correr de la pluma, no debemos, sin embargo, dejar de hacer notar que los historiadores primitivos de Indias, como llaman los literatos españoles a los primeros que de las cosas de América se ocuparon, tuvieron, por regla general, una más completa concepción de lo que debe de ser la historia que sus colegas europeos. Compárese, por ejemplo, la *Historia de España* del padre Mariana con la *Historia de la Conquista de la Nueva España*, por Bernal Díaz [del] Castillo, y se verá más claramente esta diferencia. Y esto es tanto más de notar cuanto que mientras los escritores, que de las cosas de Europa se ocupaban, eran hombres de estudios serios que habían hecho del arte literario una profesión, muchos de los historiadores de Indias fueron sólo valerosos y esforzados capitanes de escaso saber, que dejaban la espada para tomar la pluma y escribían por las noches las hazañas inmortales que realizaran durante el día. Y a pesar de ello, y quizá por eso mismo, entre los ínclitos varones, frailes y soldados que conquistaron América, espiritual y temporalmente, y escribieron su historia, no es raro encontrar detalladas descripciones de los territorios, de sus bosques impenetrables, sus escarpadas serranías, sus ríos caudalosos como brazos de mar, sus lagos profundos y extensos como océanos; y al lado de esas descripciones, minuciosamente marcadas las particularidades de plantas y animales, y aun las de las razas allí habitantes, y, lo que es más, los usos y costumbres, artes y religión de los pueblos vencidos.

Y es que aquellos hombres sencillos, cuya instrucción, en la mayoría de los casos, no iba más allá, si eran soldados, que haber leído los relatos del *Romancero*, o las maravillosas historias de los caballeros andantes; y si frailes, a saber un poco de latín y de doctrina y un mucho de leyendas y milagros; aquellos hombres,

decimos, que cruzaban procelosos mares y viajaban millares de leguas, persiguiendo la conversión de los infieles y el apoderamiento de maravillosas e inagotables riquezas, llevaban un espíritu libre de preocupaciones literarias, y sus sentidos todos dispuestos a recibir nuevas impresiones, abiertos para transmitir las al cerebro y hacerlo soñar despierto, con una sed inagotable de ideal. Se encontraban, al llegar a América, en un Mundo Nuevo, como ellos decían, en que plantas, animales, producciones minerales, y aun el hombre mismo, presentaban caracteres distintos de todo lo que habían visto en el Viejo Mundo; y tales contrastes les impresionaban vivamente y con vaguedad percibían que todo ello debía influir en los usos y costumbres extraños, en la religión extravagante y en las leyes, para ellos absurdas, de los pueblos sujetos a su observación.

Respondan por mí esos inimitables narradores que se llaman Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo; esos eruditos frailes que contestan a los nombres de fray Bernardino de Sahagún y el padre Durán, y tantos y tantos otros, que conservaron en las páginas de sus libros la historia del Nuevo Mundo.

Hemos dicho que la Reforma, al producir una mayor libertad de pensamiento, hizo progresar en gran manera los estudios históricos; pero necesario fue que llegara el siglo XVIII para que la revolución, que en todo el campo científico se operaba, hiciera tomar a la ciencia histórica nuevos derroteros. La influencia del filosofismo, por una parte, que hizo que todos los conocimientos hasta entonces adquiridos se pusieran de nuevo en tela de juicio al hacer nacer la duda sabia y, por la otra, el vigoroso impulso que recibieron las ciencias físicas y naturales, al aplicarse en ellas, con una amplitud antes no conocida, la observación y la experiencia hicieron que ciencias hasta allí distanciadas se dieran la mano, y que los adelantos y descubrimientos de las unas sirvieran para rectificar las afirmaciones de las otras.

La Biblia, tenuta hasta entonces por el libro sagrado por excelencia; por el único que encerraba los verdaderos orígenes de la humanidad; por el libro intangible, ante cuya autoridad bajaban la cabeza los sabios, y con el cual debían ponerse de acuerdo todos los demás conocimientos, so pena de ser tenidos, los que tal no hicieran, por herejes y contumaces, comenzó a ser discutida, y la ciencia comenzó a abrir brecha en las llamadas verdades

reveladas. Hoy nace la geología y desacredita el cómputo cronológico de la Biblia; otro día viene la paleontología y echa por tierra el relato de la creación contenido en el *Génesis*; la filología demuestra la falsedad de la leyenda de la torre de Babel; y los estudios de los orientalistas la influencia que tuvieron pueblos más antiguos y adelantados que el pueblo judío, en la formación de sus concepciones religiosas y de su literatura, en tanto que los relatos de los viajeros y las investigaciones de los arqueólogos dan a conocer razas y civilizaciones cuya existencia no sospechó Moisés.

Todos estos estudios y descubrimientos se reflejaron en la labor histórica de la época, y entonces comenzaron a percibir los escritores que los horizontes demarcados por la Biblia y los escritores greco-latinos, a la raza humana y a la narración de los sucesos, eran bien estrechos, y que se precisaba escribir la historia de manera bien distinta de como se hiciera hasta entonces.

Los filósofos del siglo XVIII, comparando usos y costumbres de diversos pueblos, investigando el origen de las leyes, meditando sobre la política, tuvieron que llegar a conclusiones que habían de tener, más tarde, inmensa trascendencia en la labor de los historiadores; y así el principio de la influencia del medio en el desarrollo de la civilización, entrevisto por Montesquieu, que decía que la moral era cuestión de latitudes, llegó a quedar más tarde establecido de una manera indiscutible.

Cupo la gloria al napolitano Juan Bautista Vico de ser el primero en comprender la íntima relación que las demás ciencias tenían con la historia, y de tratar de reducir ésta a principios generales fijos, y de allí vino su teoría de los *ricorsi*, que aunque falsa en gran parte, da a conocer la altísima idea que tenía su autor de que debiera ser la historia, no sólo el arte de referir sucesos con más o menos buen gusto, sino una ciencia que debiera considerar los sucesos políticos como sometidos, no menos que los demás fenómenos, a leyes naturales indeclinables.

Más prácticos, los ingleses, si no inventaron teorías, ni establecieron hipótesis, sí supieron aprovechar las conclusiones a que los sabios llegaron en los demás ramos del saber y darles cabida en sus libros, haciendo la narración más amena a la par que más científica; y así, hermanando el saber con el buen decir, produjeron verdaderos monumentos literarios, tales como las obras de Robertson, Hume y Gibbon.



Pero todos estos trabajos fueron aun superados por los escritores del siglo que acaba de pasar, del que nos quedan como inimitables modelos las obras de Taine y de Renan, de Macaulay, de Ferrero, de Maspero y Fustel de Coulanges, de Michelet y de Lavisse y de tantos otros cuyos nombres no caben en una tan rápida enumeración, como tiene que ser la que se haga en esta conferencia, que temo se haya alargado demasiado. Estos escritores, sabios y artistas a un tiempo mismo, no sólo reconciliaron a la historia con las demás ciencias, sino que en éstas hicieron descansar siempre los fundamentos de sus afirmaciones, y no se concretaron ya a consignar en sus escritos las hazañas de los conductores de los pueblos, sino que nos hicieron conocer la vida completa de las naciones en todas sus clases sociales.

Así quedó definitivamente establecido el nuevo arte de historiar que, como lo hiciéramos observar en la vez anterior, pone a contribución casi a todas las ciencias. ¿De qué manera? Trataremos de explicarlo brevemente. Supongamos que nos proponemos estudiar la historia de un pueblo cualquiera, desde sus orígenes. Lo primero que deberemos conocer a fondo es el medio en que tal pueblo se desarrolló; y para conseguirlo comenzaremos por recoger los datos que la geología y la prehistoria nos proporcionen. Por la formación del terreno y los fósiles que en él se encuentren sabremos si es antiguo o reciente; si estuvo antiguamente por las aguas cubierto o si fue sacudido por el fuego interno; si el hombre apareció en época anterior a los anales escritos o inmigró después; y si en el primer caso tenía ya en los tiempos prehistóricos una civilización rudimentaria. Ni debe ser extraño a quien de hacer historia trate, el estudio de la geografía: la forma en que el mar recorta los continentes, la multiplicidad o falta de puertos y radas naturales, los lagos y ríos que riegan las tierras; las serranías, valles y llanuras; todo esto tendrá influencia y capital importancia en los acontecimientos que en el país se desarrollen y hará, según las circunstancias, que el pueblo que lo habite se incline a la marinería o al comercio; que sea pacífico o guerrero; que se congregue en ciudades, o se disemine en tribus nómadas y semisalvajes; y aun podrán estos datos, unidos a los del clima, explicarnos alguna vez la causa de guerras e invasiones.

De no menor importancia será el estudiar los recursos natu-

rales del hábitat: su aridez o fertilidad; sus plantas y zonas en que se producen; sus aves y cuadrúpedos; sus aguas y los peces que las pueblan; y, en una palabra, toda clase de animales utilizables en la alimentación, reductibles a la domesticidad o cuyos despojos puedan emplearse en las artes; así como también los productos de origen mineral, por el hombre utilizables para cubrir sus necesidades.

La abundancia de la caza y de la pesca y la fertilidad de un país, haciendo la vida más fácil, tendrán notable influjo en el aumento de la población; podrán determinar guerras, cuando razas vigorosas, estacionadas en terrenos próximos y estériles, encuentren grandes dificultades para vivir en ellos; harán que las tribus arrojadas de un lugar, emigren a otro; y, finalmente, determinarán en los habitantes propensiones fabriles o artísticas, comerciales o guerreras, según las circunstancias.

Buen ejemplo de algo de lo que decimos lo tenemos en las guerras de conquista de México y el Perú, determinadas en parte muy principal, por no decir única, por la maravillosa riqueza minera de estos países.

Ni cede en importancia al anterior el estudio de las razas que pueblan un territorio; porque, como lo ha dicho el antropólogo Topinard: “el estudio de las razas humanas explica multitud de hechos históricos, cuyas causas se atribuían antes a la divinidad”.

Preciso será, pues, estudiar al hombre en sus caracteres físicos, recurriendo a los datos que nos proporcione la antropología: determinaremos si el ser humano es autóctono del territorio que ocupa o inmigrante en él; si la raza es pura o resultado de mezclas; no olvidaremos, tampoco, el estudio de los caracteres mentales y emocionales, en cuya tarea tendremos que echar mano de las conclusiones a que han llegado la lingüística, la etnología, la etnografía y la arqueología general; y habrá aun que pedirle datos a la medicina al tratar de investigar los caracteres patológicos de las razas que estudiemos. Determinados estos preliminares, ocurrirémos a la cronología para fijar las fechas y a la prehistoria para investigar la condición primitiva del hombre, y así documentados podremos entrar al estudio de la historia propiamente dicha.

Aquí surgirán nuevos problemas. Como el arte de la escritura,



tal como le conocemos, es un arte relativamente moderno, y pueblos hubo, y no por cierto de los más atrasados en civilización, para quienes tal arte fuera ignorado, conservando sus anales, no por medio del alfabeto, sino valiéndose de signos jeroglíficos, que grabaron en sus monumentos o pintaron en papiros y pieles de animales; para descifrar el contenido de esos jeroglíficos, precisamos pedir sus luces a la arqueología. Y ésta no nos prestará tan sólo en este caso su utilidad, sino que llevándonos como por la mano, en medio de la oscuridad de los tiempos y del laberinto de las diversas civilizaciones, al irnos mostrando los monumentos arquitectónicos, las estatuas, las pinturas, los utensilios, las medallas y monedas, etcétera, etcétera, que nos legaron los pasados siglos, nos hará conocer la vida de los pueblos muertos; sus usos y costumbres, sus gobiernos; la manera como reglamentaron el trabajo; asistiremos al tráfico de sus ciudades; veremos cómo formaban sus leyes; iremos con sus guerreros al campo de batalla y con sus sacerdotes a los templos a presenciar sus ritos y ceremonias; veremos funcionar las instituciones, y nos detendremos a oír narrar las leyendas populares y las supersticiones; visitaremos los campos y sabremos cómo se cultivaban; emprenderemos largas excursiones con los comerciantes y nos daremos cuenta de la manera de hacer el tráfico; entraremos al interior del hogar, y veremos a los individuos vestirse y adornarse con indumentarias y joyas olvidadas; empuñar armas caídas en desuso y valerse de utensilios desconocidos en la actualidad; en una palabra, a la mágica voz de la ciencia resurgirá la muerta vida de pueblos e individuos desaparecidos para siempre, y nosotros seremos sus coetáneos; pues tal es hoy día el ideal de los modernos historiadores, y por eso dice Taine en el prólogo de sus *Orígenes de la Francia contemporánea*: “estos recursos nos permiten el lujo de ser contemporáneos de los hombres cuya historia referimos, y más de una vez, estando en los archivos, y al seguir en el amarillento papel los antiguos escritos de aquellos hombres, he estado a punto de dirigirles la palabra”.

Pero para que la arqueología pueda llegar al punto de que hemos hablado, precisa será la ayuda de otras ciencias: de la economía política, para la determinación de los valores y las antiguas condiciones de vida; de la estadística, para apreciar el progreso de los tiempos; de la sociología, para explicarse el desarrollo de

las religiones; de la poesía, de la música y de las artes del dibujo, etcétera, etcétera, para interpretar y distinguir los monumentos literarios y artísticos de los pueblos.

Trazado a grandes rasgos el inmenso cuadro de lo que, en la actualidad, debe comprender el estudio de la historia, preciso es que tratemos ahora del método que debe seguirse para establecer la verdad de los hechos narrados, es decir, para alcanzar la certidumbre histórica. “La evidencia a que se llega, sea en las sentencias y las leyes —dice A. Bain—, sea en los asuntos históricos, no es casi más que una probabilidad; y si se aproxima a la certidumbre, no es sino por la adición de probabilidades.”

Verdad es que, cuando de sucesos contemporáneos se trata, puede, algunas veces, el historiador echar mano de las propias observaciones, del testimonio de sus sentidos; pero sería reducir la historia a bien poca cosa, sería convertirla en un género literario (las memorias), que, si bien es su auxiliar, no es ella misma, al hacerla prescindir de los testimonios extraños.

Necesario es, pues, valerse de éstos y, como antes lo hemos dicho, de todos los vestigios del pasado, de los que poco ha hablábamos, al hacer notar la ayuda que presta la arqueología en las investigaciones históricas.

Pero ¿cuáles deben ser los requisitos para que aceptemos un testimonio y fundemos en él la veracidad de un hecho? Son dos: que el testimonio sea auténtico, y que sea cierto.

Para averiguar lo primero, será preciso examinar con qué grado de exactitud se nos ha transmitido el testimonio, para lo cual hay diversos medios, tanto directos como indirectos. Aclaremos esto con un ejemplo: supongamos que al tratar de la historia de la filosofía se nos presenta un texto que se atribuye a Aristóteles, por encontrarse en las obras que, como del filósofo, circulaban en la Edad Media; obras que pasaron por muchas manos no muy puras, ya que es bien sabido que Aristóteles fue conocido en Europa por conducto de los árabes, y que, tanto por la traducción, como por los errores de los copistas, y aún más, por la decadencia a que habían llegado las ciencias, y las preocupaciones de la época, sufrió numerosas mutilaciones e interpolaciones, a fin de acomodarlo a las creencias religiosas de siglos posteriores. Supongamos también, y es mucho suponer, que mañana o pasado, al practicarse algunas exploraciones arqueológicas en Ate-

nas, en algún antiguo monumento se encuentran varios papiros en lengua griega, de antigüedad indiscutible, y nos resulta, una vez traducidos, que son las obras completas del famoso estagirita; que por el estudio arqueológico y las comparaciones con pasajes citados por otros escritores de la época de Aristóteles, cuya autenticidad está perfectamente probada, logramos convencernos de que el manuscrito en cuestión es la obra escrita por el mismo Aristóteles, sin que en ella se encuentre el texto que se le atribuye y del que hablamos al principio. Es indudable que en un caso como éste rechazaremos tal texto como apócrifo y que sólo tendremos como auténtico lo que en las obras de Aristóteles que se acaban de descubrir encontramos; porque habremos establecido la autenticidad del manuscrito por medios directos e indirectos.

El segundo requisito para que aceptemos un testimonio, como hemos dicho, es que sea cierto, y para esto es preciso conocer los medios de información de que se valió el testigo; si fue testigo presencial o autor de segunda mano; la excelencia de su memoria y de su juicio; su franqueza o hipocresía; el interés personal que pueda tener en desfigurar los hechos; su carácter, veracidad y posición social; si es vanidoso o ignorante; si es amante de lo maravilloso, o miente por espíritu de partido, o fue poco cuidadoso para investigar. Por lo que se ve que el papel del historiador es, en gran manera, semejante al de un juez encargado de examinar un testigo cualquiera.

Para que el testimonio sea cierto debe ser contemporáneo, o recibido de los contemporáneos, ya sea directamente, ya por medio de una fiel tradición; pues de no ser así, no puede darnos la certidumbre de que el hecho haya ocurrido y lo más que podemos decir, si lo narrado tiene visos de verosimilitud, es que el hecho pudo haber ocurrido.

La tradición puede ser oral o escrita, y ésta tiene mayor valor, porque generalmente se conserva sin alterarse. En cuanto a la oral, va perdiendo su fuerza de transmisión en transmisión; ya por la tendencia de cada oyente a agregar algo de su cosecha, ya por la omisión de algunas circunstancias, que se olvidan, o por otras mil causas, que hacen que mientras más se aleja la tradición del testigo ocular, más lejos esté de la verdad. Ésta es la causa de que algunos autores crean que lo más que puede conservarse por la tradición oral un hecho, sin que sufra gravísimas alteraciones, es

de ochenta a cien años; pero es indudable que tal plazo es arbitrario, puesto que hay circunstancias especiales, que pueden hacer que la memoria de un hecho se conserve con precisión por mayor tiempo. De éstas son: su rareza o su extraordinaria importancia; pues tales sucesos, impresionando fuertemente, se graban mejor en la memoria. Así sucede con las grandes catástrofes: guerras, pestes, hambres, o con los fenómenos naturales como eclipses, terremotos, erupciones volcánicas, etcétera. Otras causas contribuyen también a conservar la memoria de un hecho y son: las conmemoraciones, en fechas determinadas, por medio de fiestas cívicas o religiosas; los emblemas y monumentos; varios ejemplos tenemos de esto, como son: la señal de la cruz, los escudos de armas, los colores de algunos pabellones, las estatuas de los hombres célebres, etcétera, etcétera.

Otras de las maneras de que la tradición se conserve sin alteraciones son los cantos populares y composiciones en verso porque, como hay necesidad de conservar en ellas la cadencia, es más difícil que puedan cambiarse las palabras por otras. Así es como pudieron conservarse por mucho tiempo los poemas de Homero, la *Iliada* y la *Odisea*, en la memoria de los rapsodas, ya que no habían sido escritas; y de igual manera se conservaron por muchos años algunos de los primitivos romances del Cid.

Volviendo a los escritos, diremos que se conservan muchos antiquísimos de autenticidad indiscutible, tales como: las inscripciones cuneiformes de Asiria y Babilonia; los jeroglíficos de los antiguos egipcios y mexicanos; las tablas de escritura cuneiforme de los antiguos yucatecos y las inscripciones rúnicas. De tiempos posteriores tenemos códices y manuscritos en pergamino, privilegios y cartas de ciudades de la Edad Media, que se han guardado cuidadosamente en los archivos públicos. Con la invención de la imprenta los libros se abarataron y pudieron encontrarse en todas las manos, y las bibliotecas no fueron ya sólo patrimonio de los potentados. A estos manantiales de la historia hay que agregar los enormes archivos que se forman en todo el mundo civilizado. A nadie se le escapa la gran importancia que tienen los archivos públicos, cuyo objeto no es otro que el de conservar cuidadosamente los documentos auténticos, a fin de que puedan en cualquier tiempo atestiguar la verdad de un hecho. Los con-



servadores de los archivos son, en los países civilizados, los guardianes de la verdad, a quienes está encomendado el que los documentos no sufran alteraciones, supresiones, interpolaciones, ni mutilaciones. Pero cualquiera que sea el documento que caiga en nuestras manos y tengamos que usar para hacer descansar en él un hecho histórico, debemos examinarlo antes, usando de la crítica, para no incurrir en error; pues, aun suponiendo que su autenticidad sea indiscutible, sucederá muchas veces que la pasión, la adulación o el interés hayan alterado los hechos en él contenidos. Recuérdese, en efecto, que los romanos, cuando adquirieron la cultura griega, hicieron pasar a los dioses primitivos del Lacio por dioses griegos, atribuyendo a aquéllos la historia y aventuras de éstos; recordemos, también, que para adular a los príncipes italianos del Renacimiento se hacían remontar sus falsas genealogías hasta los semidioses griegos; y cómo, aun en nuestros días, se forjan noticias de falsas victorias para sostener un gobierno, o se inventan falsedades para desacreditar a un enemigo. En todo esto de la interpretación de los documentos sólo pueden darse reglas generales y será necesario al historiador poseer un tacto exquisito, para elegir los que deben de servirle de fuentes; tacto que sólo se adquiere con una vasta cultura, un notable buen juicio y una constante práctica en analizar y calificar tales documentos.

Hemos llegado al fin de esta larga conferencia, que mucho tememos no haya dejado a nadie complacido: a los unos parecerá superficial, porque he tenido que tratar a la ligera asuntos que mayor tiempo, espacio y estudio demandan; a los otros, y esto es lo más grave, parecerá árida y falta de interés, debido a la pobreza de mi dicción y a mi falta de conocimientos; pero sírvanme de atenuantes mis buenos deseos de inclinar a mis oyentes al estudio de ciencia de tan grande y trascendental importancia como es la historia. Y si el conocimiento de la historia en general es importante, muchísimo más estimo que lo es el de la porción de tierra en la que nos tocara nacer; de esta tierra donde, como dice un célebre escritor, “las generaciones han puesto el sudor de los vivos, los huesos de los muertos, sus riquezas y su alimento”.

¡Ojalá que, estudiando y meditando, todos los nacidos en ella, sobre los trabajos que tuvieron nuestros padres para hacerla libre y feliz, la amemos cada día más, y olvidando la baja envi-



*dia, el amargo rencor, y el feroz egoísmo, trabajemos lealmente, y con todas nuestras fuerzas, por su felicidad y su progreso; para cumplir con el sagrado deber, respecto de nuestros antecesores, de conservar la herencia que nos dejaron y legarla a nuestros hijos aumentada, próspera y floreciente.*

Zacatecas, mayo 8 de 1913

